

PRÓLOGO

por Aldo Astete

El terror opera de manera distinta en quien lo consume, el lector ávido, determina sus gustos sus fetiches, busca y escudriña entre las letras todo aquello que espera surja de un texto. El escritor, en cambio, se deja llevar por una nota, por un conducto que la guía por sus propios miedos sin tenerlo del todo claros, de donde provienen, hacia donde van o qué experiencias son las que determinan las complejidades de un narrador y lo que éste contará. Lo que va surgiendo en la mente del cuentista, no necesariamente es un universo planificado, en el que existe un arco argumental pensado con detalle, no necesariamente la formula del “camino del héroe” es la que el escritor utiliza al momento de decidir escribir un conjunto de cuentos. Este desorden argumental, que no tiene nada de malo, hace difícil el análisis de un todo, por lo diverso que suelen ser los temas, motivos, géneros, estructuras y principalmente aquello que se esconde en la insana mente del cuentista. Y establezco esta distinción, para separarlo del novelista, una modalidad del escritor, que tiene un propósito y una búsqueda narrativa distinta a la del cuentista. En el cuento, algunos textos pueden tener

años de diferencia, ser parte de etapas que no necesariamente comulgan unas con otras, sin embargo, lo importante aquí viene a ser la unidad, el cuento de manera independiente, su propia historia, inclusive, si estos son parte de una unidad que busca darle sentido cronológico, temático y formal. El cuento, en sí mismo, es una unidad que permite evaluarla estéticamente por sí sola.

Toda esta vuelta, es para hablar de este libro de R. J. Paredes, un conjunto que lleva como título *Todos caminan sin ojos*, lo que, en sí mismo, parece otorgarnos una clave de lectura, podemos prever que el sentido de la vista o el órgano ojo será un factor clave en el libro, tal vez un hilo conductor, pero más que este órgano es la ausencia de él y aunque parezca contradictorio, su presencia en seres que caminan, que irán por ahí, caminando sin uno o dos de sus ojos.

Insisto en esto de las claves de lecturas, pues el libro se está leyendo desde que llega a nuestras manos, leemos el título, el nombre del autor, la editorial, la contratapa, el diseño de la portada, sus solapas, el formato, el tipo de papel, si está o no ilustrado, pero lo que finalmente más nos dice sobre el mismo libro es el título.

Este conjunto de cuentos está compuesto por 14 relatos breves y uno extenso, que nos llevan por diversos derroteros que más o menos tienen, algunos elementos en común, tal vez el principal, es el territorio. Toda la acción, las muertes violentas, los sucesos paranormales, los hechos históricos y los apocalípticos ocurren en el gran Concepción, como se le llama a esta enorme conurbación en la que los pueblos que antes tenían una propia identidad hoy son parte del gentilicio y de una manera particular de ser que se denomina “penquista”, que viene de su origen en la ciudad de Penco, como embrión de la actual megalópolis, que es esta ciudad otrora frontera de la Araucanía.

Esto lo podemos ver en cada uno de sus cuentos. Tomé tiene preponderancia y eso de seguro es porque el arraigo del escritor

está ahí, particularmente. Las construcciones abandonadas o en deplorable estado son reflejo de un territorio añoso que tiene un conflicto con la modernidad y este conflicto se muestra en la violencia desatada, inescrupulosa, deshumanizante, en muchos de sus protagonistas que ya no pueden más con su carga de realidad, divorcios, pérdidas, ambición, individualismo, desprecio, etc. son algunos de los móviles que llevan a estos protagonistas a cruzar la línea del bien y del mal o de la moral.

Me refiero a la moral, porque este será el otro elemento que se repite en este conjunto de relatos, un origen vinculado al mal, pero a aquel que está reñido con la religión, con lo moral, con lo católico específicamente, la figura del cura, sacerdote, hombre de fe, se ve desde una perspectiva antagonista, su protagonismo es negativo, las alusiones a la religiosidad están presentes para acrecentar la maldad de aquellos que se escudan en la doctrina, en las buenas costumbres.

Esto también estará relacionado con el territorio, ya no con el geográfico, sino que con el social y cultural de los “penquistas”, un pueblo que trae consigo un sincretismo católico desde el descubrimiento y conquista, hasta la Colonia, con toda esta pacificación de la Araucanía, que tenía su punto de partida a orillas del Bio Bío. Lo mesiánico, no logra escaparse del todo, solo se vislumbrará y dará paso a la violencia. Pues en estos cuentos nos enfrentamos a un terror que, sin llegar al gore, tendrá como clímax central la violencia extrema, el descuartizamiento, el canibalismo, cuerpos y edificios que arden para pagar sus culpas.

Paredes, nos habla de traición, de la que surge en las relaciones de pareja, en la amistad, en los tratos que se pactan entre humanos y demonios, no hay nada bien en estos mundos oscuros de Concepción. Hay un hambre que se sacia con el canibalismo, un deleite por un miedo anterior, deshumanizado que no alcanza al materialismo y que se mantiene y sostiene en la moral, en los sentimientos y emociones plausibles que, se

desprecian para que lo malo se justifique, para que la maldad nos empatee y nos provoque. Es así, como Paredes, logra su objetivo, el que se degusta mejor en la sobre mesa, al digerir cada relato, algunas cosas nos van quedando ya que se entromete en nuestra moral, en aquella forma de pensar, sentir y actuar que hemos heredado, modo con el que tal vez no estemos completamente de acuerdo, pero que continúa guiando nuestro actuar, guiándonos un ojo.

Finalmente, la clave de lectura sobre aquellos ojos que faltan, con lo que tanto zombis como vampiros, religiosos, ambiciosos y decepcionados ciudadanos echan de menos, que han perdido en situaciones violentas, nos llevan a un hecho bastante contemporáneo, ocurrido en el territorio todo de Chile, pero que en Concepción tendrá su propio capítulo y éste habla de estas mutilaciones que el poder decide poner en práctica con el fin de poner fin a un despertar, que tiene que ver con una nueva mirada. Qué más simbólico que derramar ojos, que más inmoral que cegar a la sociedad que lucha. Todo esto está aún más abajo en la trama, pero no se puede soslayar, pues está muy fresco en la retina de todo un pueblo de escritores y lectores. En definitiva, Todos caminan sin ojos de R. J. Paredes es un ejercicio de lectura en el que, el terror como fondo, nos lleva a pensar y repensar en más de una ocasión lo que se oculta en la escritura de un cuentista que quiere reflejar su territorio, su época y su propia moral.